

Fragmentos rotos

DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ

Si nos preguntamos «¿el mundo es inmutable?», la respuesta es «no». Coincidiría ese reconocimiento de lo admisible, lo dominable y lo objetivo con la incertidumbre que nos embarga a cada uno de nosotros al preguntarnos qué somos de verdad, cuál de las fotos que jalonan nuestra vida es la responsable de nuestro ser, de nuestra identidad, de nuestra esencia. De donde, si es cierto que somos cambio y tensión de muerte, también lo es que somos seres que pensamos el mundo y nos pensamos a nosotros mismos en el mundo. Todo es un suceso; el mundo, los otros, nosotros somos un suceso. Tiempo y fragmento se explican imbricados entre sí. El mundo es una suma de fragmentos; el hombre es la suma de sus fragmentos.

El tiempo y la sucesión hacen reconocibles a los discursos. Si bien siempre es *ayer* la marca de nuestras voces y nuestras letras, las páginas enmarcan los acontecimientos y hacen infinito su transcurso y sus posibilidades. Es decir, nuestro «yo» se desparrama en el tiempo; nuestra escritura ensaya la permanencia, el robo del instante, el porvenir. Esa es la derrama del pesimismo que distinguió a Schopenhauer y que los seres humanos como Carlos Salvador no sólo se imponen (cual sello de su vida) sino como el principio que genera su conocimiento.

¿Por eso se alongó Carlos Salvador al terrible abismo de la escritura?

Carlos Salvador es un escritor fragmentario, un joven que se impone atrancar su conciencia en el difícil arte de la escritura aforística y en la suma de géneros. Y Carlos Salvador es un ateo, alguien que como Nietzsche, Schopenhauer o Borges sabía que sus luces eran las luces del mundo, que su exigente travesía por el desierto de la cultura sería imprescindible para urdir la formación, la reflexión, la información... ¿Cómo es el mundo, entonces? Y responde Carlos Salvador en *Dioses para cinco minutos*: cómputo de sucesos, escritura circunstancial y circunstanciada, fragmentos, letras que adornan el caos, caos que aspira precariamente al equilibrio. ¿Qué equilibrio? El del suceso y el del cómputo; el del ser que se impone decir/escribir el mundo diciéndose/escribiéndose a sí mismo. El mundo y el «yo» son como sus fragmentos; *Dioses para cinco minutos* es como Carlos Salvador es (¿fue?); y el mundo es como Carlos Salvador quiso, creyó, pensó que era (¿es?) y dejó constancia por escrito en sus *Dioses para cinco minutos*. Conforme establece la responsabilidad de Carlos Salvador (consigo mismo, con el mundo, con sus aporías y con la escritura), Carlos Salvador sabe del orden, ése que invocó Edward Said en su ensayo *The world, the text and the critic*, ése que infunde valor a la exigencia fuera del marco de la sacralización, de la mistificación, ése que devuelve el texto al mundo y al individuo, ése que no se oculta por temor al compromiso y a la ideología.

Exigencia (repito) es lo que llevó a Carlos Salvador a guardar celosamente sus escritos, a convertir la práctica de la escritura en un ejercicio de conformación, de rigor, de astucia; a entretrejer sus artilugios con el amparo de la distancia, de la ironía, y también de la sensualidad, de la pasión, de la belleza.

Es fácil caer en el error de juzgar la escritura de un muerto prematuro por semejante suceso. Carlos destraba ese síntoma en *Dioses para cinco minutos*: "Inmortal en vida", escribió. Esa es la verdad del mortal que todos somos; más aún la de un mortal joven que nunca piensa la trama horripilante de la desgracia, del accidente absurdo, de la infausta fortuna. Por eso, si algo nos debe retener en los fragmentos y aforismos de Carlos Salvador es la construcción, más que la desdicha. Y ese alzamiento (a veces sorprendente, otras sublime) nos lleva a aquel que se dice (en palabras de una amiga de su amigo) "viejo prematuro". ¿Qué arma la vejez prematura? Y prueba Carlos: la vida no separada de la conciencia de vivir. Esa es la lección de un joven (de este joven) frente a tantos fútiles jóvenes que nos rodean: el compromiso con el interpretar e interpretarse, la arrogancia de la complitud frente a la derogación y el vacío.

El signo que prevalece es sustancial al que agnósticos y comprometidos hombres han mostrado, a pesar del dolor y de la soledad, desde Schopenhauer a Nietzsche, desde Borges a Sciascia, desde Kafka a Camus... De manera que el subrayado se encuentra en la primera línea del libro (y que luego repetirá en múltiples variantes): "Yo, peor que muerto, inacabado". Casi al final de *Dioses para cinco minutos*, Carlos Salvador hace un cómputo: Cati y la huella del amor. La mujer y el amor (en múltiples posiciones: el padre y la madre, amigos mayores y sus esposas, amigos cercanos y sus novias...) marcan parte de la escritura de Carlos Salvador. En

su caso y en otros casos hay rechazos; pero una línea coteja todas las líneas: frente a quien no conoce la satisfacción, a quien no se ha movido junto al cuerpo del deseo, no puede interpretar el daño. «Tormento y gloria», escribió el poeta; “Objetivamente el mismo dolor. Subjetivamente no. La maldita experiencia gracias a las otras chicas que me rechazaron”, escribe Carlos Salvador; y también “No quiero morir”, pese a los fracasos. Líneas antes, un hombre preparado para percibir, sentir y manifestar el deseo había escrito: “Ya puedo dormirme tranquilo, ella, la vecina, ha regresado”.

La escritura conforma, pues, el misterio. El de Carlos Salvador (hasta la última línea del libro titulado *Dioses para cinco minutos* y que dice: “12 de Mayo de 1999, 20 h. 35 m. y 17 s.”) es un andar sobre el tiempo (“flash-back”, escribe), los espacios, los otros, los libros, las películas, los periódicos, las imágenes de televisión... En la geografía de las letras encontramos palabras que por sí solas conforman aforismos; palabras que estallan más allá de su simple sentido; voces que dicen “Deseo. Temor. Poder” y abren hojas innumerables, tratados y conmociones. Encontramos a un hombre joven que levanta su inquietud sobre la “ironía” y la “piedad”; a un ser que basa la disolución del otro en esa seña para trazar la frontera y para protegerse; a un ser humano que estampa los rechazos sabiendo que (en el trance del sarcasmo) también puede destruirse a sí mismo. Encontramos a un joven que se inscribe en la integridad de la cultura que selecciona, en las voces que admira y no en las que impugna, en la lucidez que ampara y no en la estupidez que abomina; a un hombre social sin remedio, que arrastra la culpa por “acción” o por “omisión”, que interpreta el mundo como un doble (“Inductor y ejecutor”) y que muestra su condena, ésa que no nos salva del lugar del campo de batalla en el que nos encontramos en momentos precisos de nuestra vida... Y encontramos a un hombre que no se oculta en la estela metafísica y ontológica, que respeta la escritura pero que no teme a la escritura para confesar que (pese a las paradojas) alguien cercano a él le enseñó cuál es el precio por la rebeldía, por el rechazo a la indignidad y el nepotismo.

Pesimistas son, pues, Schopenhauer, Nietzsche, Kafka, Sartre, Camus, Borges, Tabucchi... Carlos Salvador. Todos confirman el amparo de la escritura sobre el ser y el mundo, en el orden de la desacralización y el resguardo del instante, del guiño atroz a la muerte. Quedó y quedará fuera de las hojas concluidas de todos los escritores que en el mundo han sido y los que serán el fragmento no escrito, la sola e intransferible experiencia de la desaparición. Pero nos queda su arrojado, esa estela infinita para el conocimiento y para la reflexión.